

Participación de mujeres y roles de género en la lucha armada anarquista en Uruguay, décadas de 1960 y 1970

Women's participation and gender roles in the anarchist armed struggle in Uruguay, 1960s and 1970s

Alesandra Martínez Vázquez¹

Resumen

El siguiente texto describe y analiza la participación de mujeres y los roles de género en el marco del aparato armado Organización Popular Revolucionaria 33 (OPR 33) de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU). La participación de mujeres y varones cobró particulares características con relación a la división sexual de las tareas y a los roles al interior de esta estructura armada. Con base en estudios con perspectiva de género sobre los conflictos y aparatos armados, la investigación aborda a mujeres jóvenes procedentes de ámbitos estudiantiles y, en especial, rescata y resignifica el papel jugado por las esposas/compañeras de varones con liderazgo. Se observan las acciones ofensivas, así como los espacios de logística, aseguramiento, retaguardia y cobertura.

Palabras clave: anarquismo, Organización Popular Revolucionaria 33 (OPR 33), mujeres, relaciones de género.

Abstract

The following text describes and analyzes the participation of women and gender roles in the armed apparatus Organización Popular Revolucionaria 33 (OPR 33) of the Federación Anarquista Uruguaya (FAU). The participation of women and men took on particular characteristics in relation to the sexual division of tasks and roles within this armed structure. Based on studies with a gender perspective on conflicts and armed apparatuses, the research approaches young women from student environments and, in particular, rescues and resignifies the role played by the wives/companions of male leaders. Offensive actions are observed, as well as the spaces of logistics, securing, rearguard and coverage.

Keywords: anarchism, Organización Popular Revolucionaria 33 (OPR 33), women, gender relations.

¹ Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

Introducción

Para Latinoamérica, las décadas de 1960 y 1970 representaron el surgimiento de guerrillas y otras modalidades de accionar armado, formadas al calor, principalmente, de la experiencia de la Revolución Cubana y envalentonadas en diversas luchas que se libraban en otras zonas del llamado Tercer Mundo: Vietnam, Argelia, el Congo.² Como en el resto de las izquierdas, en los ámbitos anarquistas del Cono Sur, la posibilidad de la violencia política se instaló en los debates y la Revolución Cubana representó la viabilidad de esa forma de lucha, más allá de los acuerdos o desacuerdos con las propuestas ideológicas castristas. Concretamente en Uruguay, la Federación Anarquista Uruguaya (FAU) desarrolló la denominada Organización Popular Revolucionaria 33 (OPR 33).³

En la historiografía sobre la lucha armada en Uruguay en las décadas de 1960 y 1970, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) hegemoniza los escritos (Arocena, 1987; Aldrighi, 2001, 2009; Labrousse, 2009, entre otros) mientras que el estudio o literatura testimonial referente a organizaciones menos «espectaculares» de la llamada nueva izquierda revolucionaria ha sido escaso o marginal, por lo que esta investigación pretende ser un aporte por llenar un vacío historiográfico sobre organizaciones anarquistas en la historia reciente.⁴

Por sobre todo, se enmarca en los estudios sobre mujeres y relaciones de género en organizaciones armadas de la izquierda política, la cual ha tenido diferentes desarrollos en Latinoamérica. *Grosso modo*, los abordajes y las reflexiones feministas han evidenciado que la categoría de género es crucial en el análisis de conflictos armados y, además, rescatan la participación de las mujeres en esos ámbitos históricamente asociados a los varones y a la masculinidad, subvirtiéndolo así los mandatos de género que las restringían al hogar y la atención de la familia.⁵

Con relación a ello, en Uruguay, también es el MLN-T el que ha sido objeto de interés y análisis a partir de entrevistas, testimonios y documentos internos. Entre los trabajos más destacados se encuentran los de Clara Aldrighi (2001, 2009), quien rescata la historia del MLN-T deteniéndose en la

2 Con diferencias en sus estrategias y permanencia en el tiempo, algunas de esas organizaciones en América Latina fueron: Montoneros y Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) en Argentina, Acción Liberadora Nacional (ALN) en Brasil, las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) en Venezuela, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Movimiento 19 de abril (M-19) en Colombia, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Perú, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile, las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) en Guatemala, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua.

3 El 16 de julio de 1969 se sustrajo la bandera de la gesta libertadora de los Treinta y Tres Orientales de 1825 del Museo Histórico Nacional-Casa de Lavalleja en la Ciudad Vieja de Montevideo. A partir de los símbolos que fueron estampados en la pared del museo en el correr de este hecho, se comenzó a hablar de la Organización Popular Revolucionaria 33, más conocida por su sigla, OPR 33.

4 Además del MLN-T y la OPR 33, en Uruguay actuaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias Orientales (FARO). También hubo pequeños grupos escindidos del MLN-T: Fuerza Revolucionaria de los Trabajadores (FRT) se creó hacia 1970, después de hechos como la conocida Toma de Pando; el Movimiento 22 de Diciembre, que tomó su nombre de los hechos sucedidos el 22 de diciembre de 1966, cuando cae abatido el tupamaro Carlos Flores (si bien el Movimiento 22 de Diciembre tuvo una existencia efímera, llevó adelante una acción que cobró trascendencia: el atentado al Club de Golf en 1971).

5 Con relación al Río de la Plata, las investigaciones han tenido mayor desarrollo en Argentina donde se han estudiado los roles de mujeres y varones en Montoneros o en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP-PRT) (entre otras, Andújar et. al, 2005, 2009; Diana, 2006; Barrancos, 2007; Martínez, 2009; Oberti, 2013, 2014, 2015).

participación de mujeres. También hay estudios específicos sobre mujeres tupamaras (Araújo, 1980) y otros centrados en las relaciones de género (Vidaurrázaga Aránguiz, 2019).

En la OPR 33, si bien de menor dimensión, pero no por ello menos importante en el acontecer de las décadas de 1960 y 1970, también participaron varones y mujeres, pero no ha concitado la atención académica. Por lo tanto, se propone aquí visibilizar y analizar algunas experiencias acontecidas en ese espacio. Ello contribuirá a conocer más sobre la participación femenina y sobre las relaciones de género en dicha época y, eventualmente, también permitirá contrastarlo con lo sucedido en organizaciones de diferente ideología.

La investigación se vio decisivamente motivada por el conocimiento personal de mujeres que participaron de la FAU y de la OPR 33 y por haber identificado, por un lado, a muchas que eran militantes muy jóvenes, varias de ellas estudiantes y, por otro lado, al papel desarrollado por las esposas, compañeras de destacados militantes varones. Estas suelen no tener nombre y menos aún identidad propia, son la «mujer de» Juan Carlos, «la mujer del» Pocho, «la mujer de» Soba (también pueden incluirse en esta «categoría» a otras en su calidad de madres, abuelas, hermanas, tías).

Tras escuchar y observar indicios de unas y otras, me propuse la tarea de recuperar y analizar sus experiencias. Veamos un ejemplo: el interés político de Stella Saravia despertó con la curiosidad por la Revolución Cubana. Se integró a la Asociación de Estudiantes del Liceo Miranda en el barrio Aguada de Montevideo durante la lucha por el boleto estudiantil en 1968. Formó parte de la FAU e ingresó a la OPR 33 junto con su compañero. Participó en equipos de información, acciones de pertrechamiento y en operaciones armadas. En el marco de un operativo para obtener un auto, fue detenida y recluida en la Cárcel Cabildo de donde se fugó junto a otras treinta y siete mujeres en la madrugada del 30 de julio de 1971 en la llamada Operación Estrella, tenía 20 años. Vivió en la clandestinidad. El 29 de noviembre de 1971, un día después de las elecciones nacionales, ingresó a la casa de la periodista María Esther Gilio, junto a dos varones para secuestrar a la periodista francesa Michelle Ray. En 1973, luego de que en su casa se celebrara una reunión del Consejo Federal de la FAU, fue detenida junto a otros militantes. Estuvo en el Regimiento de Caballería N.º 4 y en el cuartel del kilómetro 14 de Camino Maldonado y finalmente fue encarcelada en el penal de Punta de Rieles. Además de ser sometida a tortura, en abril de 1975 fue trasladada junto a otros militantes al Cuartel de La Paloma (Grupo de Artillería N.º 1) para ser interrogados por la bandera de los Treinta y Tres Orientales.⁶ Fue liberada en 1985.

Por otro lado, Elena Quinteros y Victoria Grisonas fueron algunas de las detenidas desaparecidas en Uruguay y en Argentina respectivamente; Telba Juárez fue asesinada en Buenos Aires en abril de 1976; Ivonne Trías y Cristina Marín sufrieron la cárcel política; Agripita y Vilma se exiliaron o escaparon luego de trasladarse de Montevideo a Buenos Aires; Edelweiss Zhan y otras fueron secuestradas en Argentina y luego trasladadas a Uruguay en vuelos clandestinos; María Elena Laguna, Marta Rodríguez Villamil, Martha Casal, Beatriz Castellonese, «acompañaron» como el soporte de sus esposos/compañeros y de la organización. Desde diversos lugares las mujeres participaron de las acciones violentas del espacio anarquista.

Una puntualización: al hablar de lucha armada no refero solamente a acciones y operativos que pueden contener muertes, secuestros, expropiaciones, amenazas o amedrentamientos con armas, sino que aludo a todo el universo de prácticas tendientes a llevarla adelante: información, sanidad,

6 Además de Stella, desde el penal de Punta de Rieles también fue trasladada Ivonne Trías. Desde el Penal de Libertad fueron trasladados ocho presos (Raúl Cariboni, Juan Carlos Mechoso, Alfredo Pareja, Jorge Vázquez, Jorge Velázquez, Fernando Alberro, Heberton Campiglia y Héctor Romero). De esta forma los militares presionaban a la Organización para negociar la devolución de la bandera sustraída en 1969.

obtención de dinero y «pertrechamiento» de armas, vehículos, vestimenta, relojes, joyas, papel especial para falsificaciones, tintas, máquinas. Incluso también comprende a los «criterios de seguridad», o sea, el amplio abanico de recaudos y precauciones a seguir para evitar ser descubierto, para pasar de forma desapercibida por la vida cotidiana. Por lo tanto, la concreción de las diversas acciones implicaba una amplitud de acciones y número de personas, tanto varones como mujeres.

Este texto expone parte de los hallazgos de mi tesis de maestría en Ciencias Humanas, opción Estudios Latinoamericanos realizada en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, titulada *Participación política de mujeres en el movimiento libertario del Río de la Plata entre 1960 y 1978*, la cual se sustentó en entrevistas hechas principalmente a mujeres, por quien escribe, historiografía académica y militante, publicaciones y documentos internos de las organizaciones estudiadas. Dada la cercanía personal, la sensibilidad que generan aún estas temáticas y la delicadeza de algunos de los relatos, en algunas ocasiones, al citar las entrevistas no se aportarán datos de las personas.⁷

La lucha armada es el aspecto del que menos han querido hablar las mujeres. Al ser abordadas para ser entrevistadas, esgrimieron razones de seguridad propia y ajena: no querer revelar detalles de acciones ilegales que involucraban e involucran organizaciones y personas, procurar evitar herir sensibilidades familiares o incluso la precaución ante la posibilidad futura de desarrollar acciones. Por el contrario, ante la misma situación, los varones, en general, tuvieron menos reparos en contar. Ello nos habla de arraigadas nociones culturales que ubican a la violencia política como un campo de dominio masculino, como «cosa de hombres». Pero también nos habla de coyunturas actuales que brindan la posibilidad de escucha y de habla, de resignificación de la participación, dándole un lugar en la historia y en el quehacer historiográfico.

Apuntes sobre la historia de la FAU y su lucha armada

La FAU se fundó en octubre de 1956 y reunió a varios colectivos obreros, estudiantiles, barriales, al equipo editor del periódico *Voluntad* y también a la Comunidad del Sur.⁸ Dentro del espectro ideológico anarquista se definió como *especifista*: una organización política o «partido» sin objetivos electorales, que atiende, entre otras cosas, consideraciones de anarquistas como Errico Malatesta (1853-1932).⁹ Es decir, una organización específicamente política que lucha por los ideales anarquistas.

7 Además de las entrevistas citadas en el artículo, se destacan encuentros, intercambios y en algunos casos, también entrevistas con «la China» (23 de setiembre de 2014), Hortensia Pereira (8 de julio de 2014), Amelí Leiva (8 de agosto de 2014), Ivonne Trías (6 de marzo de 2014), Carlos Pilo (2 de agosto de 2017) y Marina Barcia (31 de agosto de 2017).

8 De referencia para el anarquismo regional, *Voluntad* fue editado por militancia anarquista no organizada desde 1938. En diciembre de 1956 comenzó a publicarse con el subtítulo Órgano de la Federación Anarquista Uruguaya y hacia mayo de 1957 se cambió el nombre por el de *Lucha Libertaria*. La Comunidad del Sur se creó en 1955 a partir de militancia estudiantil y anarquista; la propuesta consistía en construir una nueva sociedad a través de, principalmente, experiencias de vida comunitaria, con base en pequeñas unidades que generasen vías alternativas al capitalismo. En tal sentido, no vinculaban la transformación social a la toma del poder. Tuvo dos sedes, una en la calle Salto, en el Barrio Sur y otra en la calle Felipe Cardoso, en el barrio Malvín Norte, en una zona semirural. En 1976 un grupo se exilió en Perú por un año y luego en Suecia, donde estuvieron viviendo en comunidad hasta 1989. Posteriormente, retornan a Uruguay, estableciéndose en un terreno ubicado en el kilómetro 16 de Camino Maldonado. Desde el año 2000 mantienen una mínima expresión.

9 «Los anarquistas, podemos decir que somos todos del mismo partido, si por la palabra partido entendemos todos aquellos que están del mismo lado, es decir, que comparten las mismas aspiraciones generales y que,

Entre 1960 y 1964, importantes diferencias sobre estrategia revolucionaria llevaron al alejamiento de grupos significativos de militantes: Comunidad del Sur, estudiantes de Medicina y Bellas Artes; permanecieron en la FAU las agrupaciones vinculadas a la inserción social sindical y barrial.¹⁰

La FAU desarrolló dos «brazos» o «patas»: para el trabajo de masas, la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE) desde 1968 (fruto de la proscripción política de la FAU a fines de 1967) y para el accionar armado, la denominada *Chola*¹¹ y desde 1969 la OPR 33.¹² Modesta, pero nada despreciable, la OPR 33 concretó varias retenciones y secuestros a industriales, abogados y periodistas en 1971 y 1972,¹³ distintas expropiaciones entre 1969 y 1972¹⁴ y otras acciones de pertrechamiento de recursos necesarios para las acciones. En Buenos Aires, luego de un infructuoso secuestro al gerente de

de una u otra manera, luchan por el mismo objetivo en contra de los enemigos comunes» (Un plan de organización anarquista, *Il Risveglio*, Ginebra, 10/1927. Malatesta publicó otros textos sobre la temática en la revista *L'Agitazione*).

- 10 Sobre la historia de la FAU véanse, entre otros, Mechoso, 2002; Vécovi, 2003; Rey Tristán, 2005, Trías, 2008; Trías y Rodríguez, 2012.
- 11 El interés por el accionar armado comenzó en la FAU en los primeros años sesenta con la participación en el Coordinador y los Comandos del hambre. El Coordinador fue una instancia de coordinación política y operativa de grupos de militancia no comunista. Además de la FAU, participaban el Movimiento de apoyo al Campesino (MAC), el Partido Socialista (PS), el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), el Partido Obrero Revolucionario (POR), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Inició hacia mayo de 1962 y en 1965 se disolvió para dar inicio al MLN-T. En el marco del Coordinador, los Comandos del hambre se apropiaban de alimentos que eran transportados en camiones para luego repartirlos en barrios humildes. Diferencias de estrategia hicieron que la FAU abandonara ese espacio para iniciar un camino propio. Hacia 1967 hubo ciertos trabajos organizativos y en 1968 se ejecutaron acciones para conseguir recursos y contra casas bancarias. Se elaboró un documento de orientación cotidiana de prácticas militantes: seguridad general, personal, de los locales y de la Organización. También se estafaron bancos con bonos falsos y asaltos al Banco UBUR de La Teja el 11 de marzo de 1968 y al Banco de La Paz, el 24 de agosto de 1968. En el interior de la Organización, este conjunto de tareas y actividades llevó por denominación *Chola* (Mechoso, 2002).
- 12 Además, desde 1970, operaron los comandos denominados Violencia FAI: grupos de acción callejeros, integrados por militantes de la FAU que no pertenecían a la OPR 33 y se dedicaban a la apoyatura directa a conflictos obreros disponiendo explosivos contra oficinas o contra sedes de grupos políticos. Firmaban como Grupos de Solidaridad Obrera y servían de «fogueo» de las y los militantes. El nombre Violencia FAI recuerda a la organización española Federación Anarquista Ibérica.
- 13 Alfredo Cambón (abogado de la papelería CICSSA) en junio de 1971; Luis Fernández Lladó (industrial vicepresidente del directorio del Frigorífico Modelo e hijo de Saturnino Fernández, presidente del directorio de FUNSA), desde agosto a octubre de 1971; José Pereyra González (co-Director y redactor responsable del diario *El Día*), en octubre de 1971; Michelle Ray (periodista francesa de la Radio Televisión Francesa, junto a su esposo Constantin Costa Gravas, realizaron el film *Estado de Sitio*) desde fines de noviembre a principios de diciembre de 1971; Sergio Molaguero (hijo de Hugo Molaguero, industrial del calzado dueño de la fábrica SERAL en Santa Lucía-Canelones), desde mayo a julio de 1972; Héctor Menoni (encargado de la Agencia de Noticias UPI), en julio de 1972.
- 14 Banco «Divino» en el barrio Buceo en febrero de 1969; Banco en Comercio casi Av. Italia en 1970; Sucursal del Banco Español y Territorial de 8 de octubre y Vigodet en marzo de 1970 y nuevamente el 23 de setiembre de 1970, pero infructuosa; Cervecerías del Uruguay el 31 de julio de 1970 (fallida). También se realizaron las llamadas «Apretesis» en diciembre de 1970 contra un Rematador Público, dos escribanías y una retención (operativos donde se «apretaba», o sea, se retenía y presionaba a industriales o escribanías a firmar cheques o a entregar dinero en efectivo); la Operación Talna en abril de 1971, donde se obtuvieron armas; y la operación de París Televisión, en marzo de 1972, donde un policía de particular asesinó al militante Wilmar Alberto Martínez.

Pepsi Cola, Nelson Laurino, el 31 de julio de 1973, se secuestró al empresario lanero argentino-holandés (de origen judío) Federico Hart en marzo de 1974 por el cual se obtuvieron diez millones de dólares.¹⁵

A partir de 1974 —aunque con algunos antecedentes— parte de sus integrantes comenzaron un proceso que culminó en 1975 con la conformación del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), que hasta el momento ha sido escasamente estudiado (Larrobla, 2013). En 1976, la dictadura argentina y el Plan Cóndor diezmaron al recientemente creado PVP.¹⁶ Buenos Aires fue escenario de detenciones, secuestros, desapariciones, asesinatos, traslados clandestinos, robo de niñas/niños, reclusión y tortura principalmente en Automotores Orletti.¹⁷ También hubo militantes y familias que marcharon al exilio.

En el documento llamado *COPEY* de 1972, la FAU sintetizó una propuesta propia de lucha armada centrada en un duro cuestionamiento a la «teoría del foco» o «foquismo». El objetivo era brindar «apoyatura» a conflictos sociales, orientar, ayudar a organizar y radicalizar las luchas del campo popular. No se concebían operativos sin sentido social directo, es decir, se aspiraba a una violencia que no fuese aislada o desprovista de un contenido social. Para garantizarlo, las acciones armadas carecían de autonomía, las decisiones eran tomadas por el «partido» político, es decir, la FAU. En suma, la idea era «hacer una actividad “militar” libertaria» (Mechoso, 2002, p. 227), «una forma que pusiera el acento en la inteligencia del plan y no tanto en la fuerza material» (Cores, 2002, p. 97).

Según cálculos, «la OPR podía estar formada por 64 personas, si bien por detenciones, movimientos, etc., no estaban todos los grupos completos...» (Rey Tristán, 2005, p. 243). Eran grupos clandestinos con relaciones verticales, pero donde existió una especial preocupación por eliminar

15 La suma fue entregada en billetes de cien dólares, por lo cual pesaban cuarenta y seis kilos.

16 Entre el 9 de junio y el 15 de julio de 1976, se detuvo y secuestró a 26 militantes, dos de los cuales permanecen desaparecidos (Gerardo Gatti y León Duarte), mientras que las y los demás fueron trasladados clandestinamente a Uruguay el 24 de julio de 1976, en el llamado «primer vuelo» y retenidos en dependencias del Servicio de Información de Defensa (SID). Semanas después algunas/os fueron llevados a una casa en Shangrilá-Canelones, el Chalet Susy, donde se desplegó un operativo militar ficticio de detención de un supuesto grupo subversivo, montaje realizado por la dictadura para actualizar la idea de que la subversión continuaba en acción, además de blanquear en Uruguay a las personas secuestradas en Argentina. En el operativo en Buenos Aires también fue secuestrado Simón (21 días de nacido), hijo de Sara Méndez y Mauricio Gatti, robado durante la detención de su madre, cambiada su identidad y adoptado ilegalmente por una familia argentina; recuperó su identidad en el año 2002. Entre el 26 de agosto y el 4 de octubre de 1976, otros 29 adultos (24 de ellos desaparecidos hasta el presente) y 8 niños/as, fueron secuestrados en Argentina. Las y los niños fueron los hermanos Mechoso-Castellonense, los hermanos Soba-Laguna, los hermanos Julián-Grisonas y la hija de María Emilia Islas y Jorge Zaffaroni. Las y los niños Mechoso-Castellonense y Soba-Laguna, fueron trasladados junto a sus madres a Uruguay. A Anatole y Victoria Julián Grisonas se les trasladó a varios centros clandestinos de detención y tortura de Argentina y Uruguay y finalmente se les abandonó en una plaza de la ciudad de Valparaíso en Chile en diciembre de 1976. Fueron adoptados por un matrimonio chileno sin vinculación con la represión. Recuperaron su identidad en 1979. Mariana Zaffaroni Islas tenía 18 meses cuando fue secuestrada junto a su madre y padre, y fueron trasladados al centro de detención y tortura Automotores Orletti. Fue apropiada por un integrante de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE-Argentina) y su esposa, quienes la inscribieron como hija propia con otro nombre. Su identidad fue restituida en 1992.

17 Automotores Orletti fue uno de los centros clandestinos de detención, tortura y exterminio ubicado en Buenos Aires, que funcionó entre mayo y noviembre de 1976. Fue base operativa de los grupos de tareas de la SIDE y lugar donde se coordinaba el Plan Cóndor. Allí fueron secuestradas y torturadas unas 300 personas, muchas de las cuales hoy permanecen desaparecidas.

dinámicas o desviaciones militaristas, como la naturalización de relaciones de mando-obediencia, así como también evitar hábitos de autoritarismo, inmodestia o falta de solidaridad.¹⁸

El recrudecimiento de la represión hacia 1972 llevó al traslado de militantes de forma legal o ilegal a Buenos Aires. Se realizaron operativos en complicidad y cooperación de militantes anarquistas de Argentina y de otras personas con las cuales se había entablado vínculos en tiempos pasados. A pesar de que el anarquismo en Argentina se encontraba más fragmentado que en Uruguay y más allá de diferencias teóricas, la solidaridad de los diversos grupos no se hizo esperar. Incluso, se desarrollaron vínculos con peronistas de izquierda y otros sectores de la izquierda.

El secuestro de Sergio Molaguero en 1972 representó el modelo de acción de la OPR 33. Su padre era el empresario dueño de la fábrica de calzados SERAL en Santa Lucía, Canelones. Durante el cautiverio, se le exigió al empresario el pago de jornales adeudados a obreras y obreros, el cese de la represión sindical y la donación de bienes para la zona más pobre alrededor de la fábrica los cuales debían ser adquiridos en comercios del barrio. El secuestro se concretó después de haberse agotado las instancias a nivel gremial.¹⁹

Roles de género en la violencia e ilegalidad anarquista

(¿) «A la par de los hombres» (?)

En la documentación interna no se relevaron, así como tampoco fueron mencionados en los relatos, documentos que versen específicamente sobre las mujeres o sobre cuestiones vinculadas a la relación entre los géneros, como sí sucedió en el MLN-T o en algunas organizaciones argentinas.²⁰ Tampoco hay indicios de que la cuestión de género o de las mujeres fuese abordada de forma específica, por lo que el análisis se centra en las entrevistas y en algunos documentos internos y fuentes secundarias (historias relatadas por militantes o testimonios recogidos en algunos estudios).²¹

Tanto en el Consejo Federal, como en la dirección de la OPR 33, no existieron mujeres en todo el período. Por lo tanto, la composición de las dirigencias no reflejaba el número de mujeres que integraban la organización política y militar.

Al sugerir esto en las entrevistas y en conversaciones informales con militantes, los varones tendieron a afirmar con vehemencia que las mujeres eran «tan iguales como los hombres», y que las diferencias existentes eran producto de la «lógica». Al advertir las incongruencias que surgen de estas

18 Para ello efectuaban *mezclas* entre equipos donde las personas asistían encapuchadas y se hacían autoevaluaciones. También se gestó la denominada *Escuelita*: espacio de formación militante en cuestiones de filosofía, psicología, historia. Se incorporó a un grupo de psicólogos/as que trabajó por espacio de no más de dos años, con los equipos integrantes de la estructura armada, estudiando caracteres individuales y grupales con la finalidad de captar las fortalezas y debilidades de las personalidades. Quienes participaron de estas experiencias, las resaltan con efusividad.

19 Los documentos entregados a Sergio Molaguero y las fotografías de su cautiverio se encuentran en el archivo de la FAU.

20 «¿Cuánto se discutió en algunos grupos si se integraba o no a dichas militantes a las actividades de este tipo!, fue la práctica de que se encargó de dar respuesta. Es o era evidente que en la guerrilla rural la participación femenina resulta casi excepcional, por lo menos donde no haya zonas liberadas o sólidas bases de apoyo, pero en la ciudad...resultan casi imprescindibles. Imposible estar parado en una esquina mucho tiempo sin una compañera...» (Fernández Huidobro, 1994, p. 154 y Actas Tupamaras). En Argentina existieron la revista *Muchacha* del PRT-ERP y la Agrupación Evita de Montoneros.

21 Véanse Mechoso, 2002; Cores, 2002; Trías, 2008; Trías y Rodríguez, 2012; Véscovi, 2003.

afirmaciones, insistieron en señalar que las mujeres fueron responsables de algunos equipos de trabajo, o sea, coordinaban operaciones. No se generaron mayores reflexiones sobre esos hechos, incluso en muchos casos, se descartó de plano que el anarquismo tuviese esa problemática, lo consideraban como un asunto ya resuelto. El solo hecho de que las mujeres integrasen el aparato armado constituía prueba suficiente para verificar un alto nivel de igualdad.

En relación con ello, la investigadora Tamara Vidaurrázaga Aránguiz (2015) constata que en los años setenta

las militantes de organizaciones político-armadas en general se incluyeron en estas como si fueran sujetos neutros dentro de la lucha por alcanzar el socialismo. Como sabemos, el neutro siempre supone lo masculino, dado que en el patriarcado el masculino es el universal por excelencia. En esta línea, para ser una buena militante era imperante incorporarse a la lucha como «una militante más», frase que se repite en los testimonios de guerrilleras en el Cono Sur, y aparece como una clara exigencia respecto de borrar sus subjetividades femeninas para ingresar al mundo supuestamente neutro —claramente masculino— de la guerrilla (p. 13).

También en este ámbito libertario, la «igualdad» era masculinizada, porque el canon de comportamiento es el masculino hegemónico.

Veamos la evocación y el debate suscitado en la siguiente entrevista a una mujer uruguaya en la casa donde vive con su compañero. Ambos integraron la FAU y la OPR 33, así como los primeros años del PVP. Repasábamos las actividades que se llevaron adelante en los años setenta, más concretamente, en 1976, de forma clandestina en Buenos Aires: en una casa, distintas personas realizaban varias tareas, entre ellas, acondicionar un «pozo» debajo del suelo de otra construcción que se encontraba en el fondo, donde se escondería una imprenta. En la entrevista, se dio el siguiente diálogo:

Ella: —Yo ahí tenía tareas concretas, mucho menos vida política, en absoluto.

Entrevistadora: —¿Qué tareas?

Ella: —Cocinera, cocinaba para la obra.

Su compañero, que se encontraba presenciando la entrevista, notoriamente exaltado, afirmó: —¡Pero escuchame una cosa, hablabas todos los días, continuamente, con el secretario general de la Organización y con el flaco Rodríguez, que además eran abiertos, conversaban, tenías una actividad política en Buenos Aires que no la tenía nadie! Tenías mucha más actividad que cualquiera, ¿entendés? No estabas hablando con una cosa que el jefe era Amodio [Pérez] o era el Ñato [Eleuterio Fernández Huidobro] o [Eduardo] Bonomi, eran tipos abiertos... podías hablar de todo.

Ella: —Yo era lo que sentía, que estaba de cocinera y nada más...

Su compañero intentó continuar su exposición, mientras nosotras lo mirábamos en silencio, hasta que logré retomar el diálogo con ella.

Ella describe que, además de la instalación de la imprenta, el plan consistía en acondicionar, con fines de «cobertura», una guardería en la casa de adelante que sería integrada, en primera instancia, con las y los niños de las mismas militantes que oficiarían de maestras: —Era la cobertura, digamos, pero yo tarea, tarea no hacía... las charlas con aquel eran cosas funcionales... o humanas, porque teníamos buena relación.

Compañero: —¿Y qué más querés? Tenías todos los libros que podías querer, podías discutir, hacer grupo con Gerardo [Gatti]... Nadie te iba a forzar a ir porque no era una organización estalinista...

Ella: —Pah, no sé, viste... lo que pasa es que son cosas que te quedan como vivencias, yo para mí era... ojo, para mí era útil lo que estaba haciendo, porque era lo que yo en ese momento podía hacer...²²

La entrevista fue concertada con ella y si bien recurría a su compañero para confirmar fechas o episodios, la intervención en esta parte de la entrevista supuso una intromisión en el relato. Si bien la tarea que ella hacía en Buenos Aires era vital, no dejaban de ser labores típicamente femeninas, tanto cocinar como trabajar en la futura «guardería». Ella así lo reconoce, al tiempo que afirma no haber tenido militancia «política» y con la convicción de que las charlas fraternales con varones con responsabilidades no eran instancias de decisión política. Su compañero, en el empeño de resignificar la vivencia o modificar la percepción de esta, esgrimió argumentos que resultaban insuficientes: la comparación con dirigentes de otras organizaciones, el hecho de hablar con el «secretario general» o de tener libros a disposición. Esas características fueron presentadas como prueba de la existencia de condiciones de igualdad horizontal y, por encima de todo, parecería que hubiese que agradecer que fuesen «tipos abiertos». La expresión «¿y qué más querés?» representa el límite de la igualdad.

Protagonismo en información y logística

En *Chola* y en la posterior OPR 33, las mujeres tuvieron un lugar destacado en el sector de la información. Según la militante Edelweiss Zahn, «hacíamos toda la información de lo que iban a ser las operaciones. Se hacía relevamiento de dónde poner bombas que no afectaran a la gente, que no fuera a haber heridos, había que hacer relevamiento de las casas»,²³ además, la ya mencionada Stella Saravia señaló que «la información era sobre personas o de cosas que te dieran elementos sobre la estructura social del país»²⁴. La obtención de datos e indicios era fundamental para concretar operaciones armadas, organizar acciones de colocación de pequeñas cargas explosivas, contar con archivos de integrantes del aparato represivo, o de agentes o políticos de estados extranjeros y demás personas influyentes.²⁵

Para el secuestro de Molaguero, Cristina fue una de las personas que vigiló los movimientos «para después poder hacer el secuestro lo mejor posible. Eso llevaba tiempo, mucho tiempo, mucha paciencia».²⁶ Llevar a cabo cada una de las retenciones o secuestros, además de otros que se descartaban, requería el trabajo de muchas personas para el cuidado de retenidos, traslado de levantes, esconder armas, «filtros» para movilizar el dinero obtenido.²⁷

Las mujeres relataron en detalle lo que debían observar. La información se recababa utilizando e ideando todo tipo de estrategias, aprovechando situaciones que pasaran desapercibidas. Una práctica

22 Por diversos motivos, explicitados en la introducción, se preserva la identidad de las personas que intervinieron en este intercambio.

23 Entrevista con Edelweiss Zahn, 19 de octubre de 2014.

24 Entrevistas con Stella Saravia, 2 de marzo de 2014 y 2 de octubre de 2014.

25 Ese conjunto informativo, los «archivos», compuestos por los movimientos militares, las denuncias de oficinas de inteligencia estadounidenses, eran publicados en *Cartas de FAU*, con el objetivo de ubicar al enemigo, «saber dónde vive. Donde opera. Conocer quién le paga. Enterarse cómo gasta sus horas libres. Si sabemos todo eso, estaremos en mejores condiciones para golpear» (*Cartas de FAU*, 22 de diciembre de 1969, p. 3). Las *Cartas de FAU* fueron una publicación editada clandestinamente por la FAU entre 1968 y 1971.

26 Entrevista con Cristina Marín, 12 de octubre de 2014.

27 Los «filtros» son los controles para garantizar el no seguimiento y la seguridad de quien entrega el dinero producto de un rescate. Esto implica a muchas personas que se ubican en varias «postas» en el camino por donde se hace transitar a quien transporta el dinero.

muy extendida era simular el pasear en pareja. Según Agripita, «si tenías que hacer algún relevamiento de algún lugar, claro, una persona sola llama más la atención que una pareja apretando».²⁸

El abanico de prácticas para obtener informaciones reproducía roles de género hegemónicos. Según las y los militantes, se manipulaban y utilizaban con un criterio estratégico ya que el «enemigo» operaba sobre ideologías tradicionales de género: la figura femenina representa lo inofensivo, lo pacífico y apolítico. Por ello, las mujeres simulaban efectuar encuestas, se hacían pasar por vendedoras de seguros o llevaban a sus hijos/as a jugar a determinados lugares que les permitieran obtener datos. Incluso «iba a participar en la “apretesis”, donde mi tarea era cobrar el cheque, yo estaba embarazada —¡qué inconsciente!—, pero justamente por la pinta, una mujer embarazada que fuera a cobrar un cheque podía no llamar la atención».²⁹

En el marco de la logística, el aparato armado implicó la creación de los llamados «servicios»: falsificaciones, la Clínica (para intervenir en eventuales heridas que sufrieran las y los militantes), imprentas, el garaje (donde mantener y camuflar diferentes vehículos), los «pozos» (sótanos y lugares de doble pared para mantener a personas retenidas) y «berretines» (lugares camuflados donde guardar objetos de menor volumen). Las mujeres también participaron en estos espacios. En entrevistas de Juan Carlos Mechoso y de quien escribe, constan cuatro mujeres en la tarea de la Clínica³⁰, también había una médica y una psicóloga (Mechoso, 2002).

Muchas tuvieron una actividad más oculta aún. «Mujeres de» reconocidos militantes que, si bien no participaban en la Organización, oficiaron de «cobertura» de muchos operativos, entendiendo por ello las formas aparentemente legales que encubren una situación u operación ilegal o con propósitos de ello. Refugiaban a personas clandestinas, utilizaban su situación de embarazo para esconder armas, su condición de madre y esposa, o su lugar de abuelas al cuidado de nietos y nietas. Continuaré refiriéndome a ellas más adelante.

Participación en operativos

Los estereotipos de género se reproducían en las acciones. En un relato de Agripita se evidencia la utilización de los modelos tradicionales de belleza: «Hay casos de algunas compañeras muy bonitas... con minifalda, moviendo el culo, desvías la atención de los guardias... el machismo funciona».³¹

También se llegó a recurrir a la imagen de la prostitución:

En Buenos Aires nosotros para conseguir autos no íbamos y robábamos encañonando, habíamos agarrado la moda, como si fuéramos prostitutas en la calle, entonces elegíamos lo que levantábamos, si vos precisabas algún auto o necesitás una camioneta con tales características o el auto con tales características, no vas a entrar a un estacionamiento a mano armada, entonces eso funcionaba muy bien, estabas ahí como yirando, elegías, te lo levantabas...³²

Si bien esta persona argumentó tal utilización con el fin de «no derramar sangre ni tiros», en otra entrevista también afirmó:

Hicimos de «changanas». Elegimos un par de esquinas interesantes [...]. Paraban los clientes y les pedíamos que avanzaran unos metros por una de las calles. [...] En el lugar

28 Entrevista con «Agripita», 16 de abril de 2018.

29 Entrevista con Edelweiss Zahn, 19 de octubre de 2014.

30 Entrevista con Juan Carlos Mechoso, 23 de setiembre de 2014, 25 de octubre de 2014 y 16 de febrero de 2016.

31 Entrevista con «Agripita», 16 de abril de 2018.

32 Entrevista con «Agripita», 16 de abril de 2018.

fijado, el candidato abría la puerta del auto y ¡sorpresa!, aparecían dos compañeros armados que lo reducían (Andrés, 2009, p. 32).

El cruce de los dos relatos revela que el camuflaje de prostitución no evitaba el empleo de las armas. Se naturalizó la erotización y cosificación de los cuerpos femeninos como instrumento. No se desconoce aquí que estas nociones son actuales y no eran propias de la época, aunque no se hallaron momentos o acciones donde se utilizara el cuerpo sexuado de los varones.

El secuestro extorsivo del empresario lanero Federico Hart en el barrio La Lucila, al norte de Buenos Aires, implicó el trabajo paciente de muchas y muchos militantes y otras personas afines. Hubo mujeres que alojaron a personas en sus hogares, que obtuvieron datos, informaciones. Para concretar el operativo, varias se hicieron pasar por empleadas domésticas y por monjas que visitaban los hogares del barrio. Incluso la forma elegida para ingresar al domicilio del empresario fue a través de una mujer disfrazada de monja. Hart estuvo retenido en un sótano acondicionado para tal fin durante cinco meses. Por la condición de judío del empresario, la Organización intentó responsabilizar del secuestro a una célula de origen árabe o musulmán y una de las mujeres entrevistadas ofició de intermediaria simulando ser francesa.

El frente doméstico: las «mujeres de»

Beatriz Castellonese conoció a Alberto *Pocho* Mechoso en un baile. Comenzaron un noviazgo que se extendió por pocos años hasta que decidieron casarse. Tuvieron un hijo y una hija. La atención de su hogar incluía el cuidado de un esposo que podía llegar a cualquier hora de la noche o no llegar. Beatriz estaba al tanto de las acciones. En su casa podía haber armas, una de las cuales llegó a esconder en su vientre cuando estaba embarazada al momento de un allanamiento³³. Tras la fuga de Pocho del cuartel del Grupo de Artillería N.º 5 en noviembre de 1972, en diciembre, Beatriz fue requerida por las Fuerzas Conjuntas. Con documento falso, viajó a Buenos Aires a donde Pocho también había arribado. En la gran ciudad, se encargó de tareas tales como cuidar a la hija de una militante de la OPR 33 que necesitaba más tiempo para sus actividades. Además, parte del dinero obtenido del empresario Hart fue custodiado por ella en un apartamento de Villa Lugano. En setiembre de 1976 fue detenida junto a su hija e hijo y trasladados a una casa desconocida donde al día siguiente los militares llevaron por espacio de media hora a Pocho visiblemente torturado. Horas más tarde, junto a María Elena Laguna y sus hijos, fueron trasladadas a Montevideo por José Nino Gavazzo y José Ricardo Arab. Permanecieron algunos días detenidas y fueron liberadas en octubre de 1976.

Además de Castellonese, entrevisté a la China, Martha Casal, Marta Rodríguez Villamil, Hortensia Pereira, María Elena Laguna, «mujeres de» Juan Carlos Mechoso, Gerardo Gatti, Mauricio Gatti, León Duarte y Adalberto Soba, respectivamente. Ninguna integraba las Organizaciones y muchas no estaban de acuerdo con la lucha armada. Al ser consultada por su interés en participar, Marta afirmó: «No, a mí eso me daba miedo, no solo miedo, no estaba de acuerdo, yo con la acción armada no estaba de acuerdo...yo tenía a los hijos, tenía otras responsabilidades, pero contaban conmigo, [...] yo no ponía palos en la rueda»³⁴. Aceptaban con resignación el mandato de acompañar las decisiones de los varones protegiéndolos, justificándolos, experimentando angustia y preocupación. A partir de ello infero que, en contextos de lucha armada, el trabajo reproductivo y de cuidados de las mujeres se profundizó.

33 Entrevistas con Beatriz Castellonese, 10 de marzo de 2014 y 13 de mayo de 2019.

34 Entrevista con Marta Rodríguez Villamil, 11 de octubre de 2017.

Las formas de actuar y proteger de estas mujeres implicaron también el sostén de toda la trama militante, convirtiendo su vínculo tanto con ellos como con el resto de la militancia en lo que Marcela Lagarde (2005) denominó *madresposas*. La antropóloga señala, que, aunque las mujeres no sean madres ni esposas, son concebidas y se autoperceben cumpliendo esos papeles en formas alternativas, reales y simbólicas tanto con los suyos como con otras personas cercanas. Por lo tanto, «todas las mujeres por el solo hecho de serlo son madres y esposas» (pp. 363-365).

Tácticas de cobertura

Como ya se mencionó, las mujeres servían de «cobertura», de fachada, brindando, por ejemplo, apariencia de familia «normal». Son varios los testimonios de mujeres que señalan haber aparentado el rol femenino estereotipado de pasividad y desentendimiento con el objetivo de engañar a «enemigos». Edelweiss recordó el momento de la detención de su esposo en su domicilio: «Había mucho material de estudio en casa... yo no tenía nada que ver... yo era la esposa... ellos fueron a buscar a Chacho... en ese momento todavía funcionaba esa cosa...». ³⁵ En ocasión de un allanamiento en la casa de Marta, donde los militares encontraron un papel sospechoso y por el cual pretendían detenerla, ella argumentó: «Ah, pero ahora estoy sola con mi hija, no la puedo dejar sola, ¿puedo ir mañana de mañana?», ante lo cual ellos hablaron por teléfono y dicen “no, no entiende nada” ³⁶ y se fueron». María relató otra modalidad utilizada al momento de un allanamiento: «Yo les dije: “Mire, no sé... mi marido, desgraciado de mierda, me dejó”». ³⁷ Constituían una fachada muy eficaz para esconder dinero, imprentas, explosivos, armas o todo tipo de documento u objeto que comprometiera la actividad militante.

Las contrastaciones con otros tiempos históricos resultan reveladoras. En los interrogatorios a las esposas de los anarquistas que asaltaron el Cambio Messina de Montevideo en 1928, ellas afirmaron carecer de información o de mínimos indicios sobre lo planeado por sus esposos. Ante esto, el abogado penalista Gonzalo Fernández (1994) reflexionó:

Cabe pensar hasta qué punto el mecanismo no funciona también como sólida coartada en estos casos extremos, para proteger a la mujer, poniéndola a cubierto de culpas y sospechas. Asaltar cambios es oficio de la hombridad. Las mujeres quedan fuera de juego y así se deja garantizada la permanencia de ellas en tareas de apoyo, tan necesarias para la azarosa vida de los anarquistas de acción... (p. 78).

El historiador y periodista argentino Osvaldo Bayer recordó una conversación con una mujer del círculo del anarquista Severino Di Giovanni en la década de 1920:

Los anarquistas no permitían que la mujer se expusiera en el uso de las armas, ellos decían que la mujer traía vida al mundo y que por eso no debía matar. Nosotras teníamos otra misión, éramos las protectoras de los activistas: alquilábamos las casas y los escondíamos cuando estaban perseguidos (Diana, 2006, p. 389).

Teniendo en cuenta el período que separa a las mujeres a las cuales refieren Fernández y Bayer, es posible observar las simulaciones como coartadas. La clave era no saber, no querer saber o fingir no saber. En el marco de la lucha se utilizaba la representación social que hace a las mujeres personas sin conocimiento, o personas que eran víctimas de malos maridos. Simular el desentendimiento era la estrategia que garantizaba la salvación, la protección del entorno y de ellas mismas. Sandro Soba,

35 Entrevista con Edelweiss Zahn, 19 de octubre de 2014.

36 Entrevista con Marta Rodríguez Villamil, 11 de octubre de 2017.

37 Entrevista con María Elena Laguna, 8 de mayo de 2019.

hijo de María Elena Laguna y Adalberto Soba, afirmó: «Solo él militaba [su padre], mi madre no, mi viejo le había dicho que era mejor que no lo hiciera, por su seguridad y por la nuestra».³⁸

Así como en el marco de los diferentes niveles de inserción se practicaban y ejercitaban modalidades de ver, de escuchar o de moverse en los diversos ambientes, muchas mujeres que no eran militantes y las que sí lo eran, fueron «entrenadas» en sus respuestas, miradas, conductas cotidianas. La instrucción también abarcaba a niñas y niños. Marta relató que su esposo

nos instrumentó [...] sentarse en un bar mirando hacia la puerta para ver los movimientos de quién entra y quién sale, precauciones en la calle también, de mirar para atrás, de fijarse en el ómnibus, de si alguien se subía atrás tuyo y después se bajaba atrás tuyo... y a mentir, hay cosas que uno mintió [...] uno llega a mentir para salvarse.³⁹

Encarcelamientos, secuestros, detenciones-desapariciones y denuncias

El recrudescimiento del autoritarismo y el terrorismo de Estado produjo detenciones, desapariciones, cárcel política, exilios y traslados hacia otros países. Varias uruguayas viajaron o se instalaron en Buenos Aires: las «mujeres de» Alberto *Pocho* Mechoso, Gerardo y Mauricio Gatti, Adalberto Soba y otras con otros parentescos, como la madre de Hugo Cores, son ejemplo de ello. Es posible que, en este marco, se haya profundizado más aún el rol doméstico y de acompañamiento de las mujeres porque se instalaban en un lugar desconocido, donde no existían relaciones vecinales, a veces tampoco laborales.

Las detenciones, procesamientos y encarcelamientos marcan otro momento donde las mujeres tuvieron un protagonismo destacado.⁴⁰ La cárcel política puede ser analizada desde dentro, o sea, desde quienes se encontraban encarcelados y también a través de los diferentes entornos, es decir, familiares, barriales (Montealegre y Peirano, 2013; Montealegre, 2016; Martínez, 2018). Entendiéndola como un dispositivo, o sea, como un mecanismo de transmisión del miedo al entramado social, la cárcel política se topó con una red de resistencias donde las mujeres cumplieron un rol fundamental y tuvieron un gran protagonismo. El «estar», la solidaridad, el compartir, el recordar, la persistencia, la convicción, el visitar, el denunciar, fueron parte de un *contradispositivo de resistencia* (Martínez, 2018, p. 50).

Los aspectos señalados fueron tenidos en cuenta a la hora de enfocar a las mujeres abordadas en esta investigación. Buscar a la persona detenida era una de las tareas. Hortensia Pereira, esposa de León Duarte, afirmó que «siempre lo buscaba, hasta que lo encontraba en algún lado, en algún cuartel...» (Bucheli et al., 2000, p. 16). Enfrentaban a la policía o a militares preguntando por el paradero, sobrellevaban las tensiones frente a hijas/hijos, familiares, vecindad.

Las mujeres resistieron con perseverancia y convicción las visitas a las cárceles, llevaron rigurosamente los paquetes de alimentos para sus familiares, transmitieron mensajes y entregaron cartas. Desplegaron una gran actividad acompañando, brindando ánimo. Juan Carlos Mechoso fue visitado habitualmente en el Penal de Libertad por su madre, su hermana y su esposa (además de hijos y sobrinas/sobrinos). Según su hermana Nila, «el paquete me llevaba como dos horas armarlo. Cuando no teníamos la camioneta yo cinchaba el bolso hasta allá arriba. De casa salía a las cinco de la mañana

38 Gatti, Daniel, El círculo, *Brecha*, 14 de mayo de 2015.

39 Entrevista con Marta Rodríguez Villamil, 11 de octubre de 2017.

40 No es casual que las asociaciones de denuncia y búsqueda de personas detenidas desaparecidas en el Río de la Plata hagan alusión en sus denominaciones a las mujeres —designadas desde su perfil parental— que son mayoría en su integración: Madres y Familiares de Detenidos y Desaparecidos en Uruguay y Abuelas de Plaza de Mayo en Argentina.

porque a las seis pasaba el ómnibus» (Jung y Rodríguez, pp. 103-104). La visita también implicaba largos traslados, largas esperas, afrontar diferentes maltratos y abusos militares, el temor a la suspensión de la visita, restricciones en los tiempos del diálogo.

En paralelo, se encargaron del trasiego de mensajes entre el afuera y el adentro de las cárceles. Martha recordó que «repetía de memoria lo que me decían que le dijera y yo lo asumía con esfuerzo como quien cumple con una misión o lección».⁴¹

El sostén también implicó el cuidado cotidiano de hijas/os y demás serie de parentescos. Enfrentaron un alto nivel de exposición social: sobre ellas recayó el estigma por ser quienes «dieron la cara» cotidianamente frente a hijos/as, al resto de la familia, al barrio, a las instituciones y a la sociedad en general. «Las mujeres debieron ocultar, silenciar o disimular lo que sentían tanto hacia las personas encarceladas, como hacia el resto de la sociedad y más aún, tuvieron que mostrarse fuertes» (Martínez, 2018, p. 11).

Según Hugo Cores, cuando fue detenido en Buenos Aires y trasladado al Penal de Sierra Chica (Olavarría, provincia de Buenos Aires) en abril de 1975, su madre fue la primera en visitarlo. «No estaban previstas las visitas. Pero se las ingenió para que la dejaran entrar» Irma concurrió con «bastante asiduidad» al Penal e incluso «empezó a ocuparse de la situación de algunos compañeros [...] que tenían hijos chicos y su esposa [...] estaba presa en Olmos» (Cores, 2002, p. 165).

El «acompañamiento» también implicó ser detenidas y procesadas. En ocasión de una explosión accidental, ocurrida en una casa en el barrio Manga de Montevideo en abril de 1969, las personas detenidas y procesadas por encubrimiento fueron China y Élica Collazo, esposa de Juan Carlos Mechoso y madre de Hebert Mejías Collazo, respectivamente, mientras que ellos lograron escaparse. En esa oportunidad Mechoso se manifestó a través de *Cartas de FAU*: «Las circunstancias determinaron que fuera la madre —mi compañera de todos los momentos— a quien le tocara en esta oportunidad exponerse al dictamen de la “justicia” burguesa. A ella le tocó la condena que a nosotros nos tenía reservada».⁴² Se visibiliza a China, pero la enunciación «le tocó» por «las circunstancias» ser detenida y procesada, resulta ser un hilo argumental que no asume las decisiones que fueron tomadas (no entregar a los verdaderos realizadores de la maniobra con explosivos) y ubica a China en un lugar de «víctima» y no de protagonista.

Otras también fueron secuestradas y trasladadas en forma ilegal. Es el caso de Beatriz Castellonense y María Elena Laguna, «mujeres de» Alberto *Pocho* Mechoso y Adalberto Soba respectivamente, junto a sus cinco hijos e hijas. Los secuestros se efectuaron el 26 de setiembre de 1976. María fue detenida y trasladada a Automotores Orletti donde vio a su esposo y a militantes, mientras que Beatriz fue llevada a una casa donde mantenían retenido a su esposo. Los signos y condiciones de tortura eran evidentes en todas las personas. Al día siguiente, los represores José Nino Gavazzo y José Ricardo *Turco* Arab, trasladaron a Montevideo en un vuelo comercial a Beatriz, María Elena y

41 Entrevista con Martha Casal Rey, 13 de mayo de 2019.

42 *Cartas de FAU* (1969, mayo 5), p. 1.

sus hijos e hijas en lo que podría calificarse como situación de rehenes.⁴³ Luego de ser recluidas en el centro de detención clandestino llamado la «casa de Punta Gorda», fueron liberadas.⁴⁴

Tanto ellas como otras debieron enfrentar a la figura desconocida hasta el momento, de la persona detenida desaparecida, la cual supuso uno de los aspectos más sórdidos del terrorismo de Estado y un suceso nuevo en la realidad. Al igual que la cárcel política, el fenómeno de la desaparición forzada es un método que además de eliminar opositores, busca crear una atmósfera de terror paralizante y ejemplarizante tanto hacia familiares como al resto de la sociedad. También frente a las desapariciones, las mujeres sostuvieron a la familia, se encargaron de la subsistencia, de la crianza de hijos/hijas, de brindarles explicaciones, de mantener el recuerdo, marchar al exilio en algunos casos, sobrellevar el estigma y ocultar el dolor personal. Según Sandro Soba, al llegar a la casa de su bisabuela, luego del traslado desde Buenos Aires:

No teníamos un mango, mi vieja tuvo que salir a laburar prácticamente enseguida. Pero lo peor no fue eso. Acaso lo peor fue el silencio que rodeó a los Soba durante años. El que imponía «la situación» —la dictadura— y el que se autoimponían la madre y la bisabuela.⁴⁵

Incluso, la magnitud de lo ocurrido, la presión social y la mirada familiar generaron que varias de ellas no rehicieran su vida junto a otra pareja.

Finalmente, muchas mujeres vinculadas parentalmente con militantes detenidos/as desaparecidos/as, ya en plena dictadura denunciaron a través de varios canales. Beatriz y María Elena denunciaron tanto en Uruguay como en Argentina las desapariciones de Pocho Mechoso y de Adalberto

43 José Nino Gavazzo (1939-2021), teniente coronel, paradigma del terrorismo de Estado en el Cono Sur. Especializado en Inteligencia, recibió instrucción en Estados Unidos. Operó en el Órgano Coordinador de Operaciones Antisubversivas (OCoA), fue jefe del Departamento 3 del Servicio de Información de Defensa (SID) que coordinó la detención de uruguayos en Argentina, por lo tanto, figura relevante de la coordinación represiva del Plan Cóndor. Fue condenado en múltiples causas en Uruguay y en el extranjero por su protagonismo en crímenes de lesa humanidad, entre los que se cuentan secuestros, desapariciones, torturas y asesinatos. Su primera condena por delitos de lesa humanidad en Uruguay fue en 2006, por secuestro, torturas, asesinato y desaparición de 28 uruguayos y uruguayas en Argentina en 1976, por la que le otorgaron 25 años; en abril de 2020 fue condenado a 25 años por su coautoría en el asesinato y desaparición del maestro Julio Castro en 1977; en junio de 2021, Gavazzo fue procesado por torturas y privación de libertad durante la dictadura en el Batallón N.º 13 y el 300 Carlos. La mega causa del juicio de Roma al Plan Cóndor condenó en julio de 2019 a cadena perpetua a 27 militares y jefes de Bolivia, Chile, Perú y Uruguay, entre ellos Gavazzo, acusados de la muerte y desaparición de una veintena de descendientes italianos en el marco del Plan Cóndor. En Uruguay cumplió prisión en la cárcel especial de Domingo Arena, en el barrio Piedras Blancas, desde su primer procesamiento en el año 2006 (centro penitenciario que se creó con el fin de recluir a los condenados por delitos perpetrados en dictadura). En 2013 fue trasladado al Hospital Militar a un sector especial destinado a jefes militares. Desde fines de 2015, se le concedió prisión domiciliaria, lugar donde falleció.

Ricardo Turco Arab (1941-) integró el ejército nacional, actuó en el SID, participó en el centro de torturas «300 Carlos» localizado en los fondos del Batallón de Infantería N.º 13 y después integró el OCoA. Al igual que Gavazzo, fue condenado a 25 años de prisión por secuestro, torturas, asesinato y desaparición de 28 uruguayos y uruguayas en Argentina en 1976. También fue recluido en la cárcel de Domingo Arena.

44 En Montevideo existieron más de cincuenta espacios que funcionaron como lugares de detención durante el autoritarismo y la dictadura (1968-1985). La llamada «Casa» o «Casona de Punta Gorda» fue un inmueble utilizado como centro clandestino de detención y torturas desde mayo de 1974. También se le conoció como «300 Carlos R» (en referencia a la Rambla, donde se ubicaba) o «Infierno Chico» y era operado por el SID. Por ella pasaron decenas de personas secuestradas de diferentes grupos políticos, muchas de las cuales permanecieron semanas o meses allí antes de ser trasladadas a otros centros clandestinos.

45 Gatti, Daniel, El círculo, *Brecha*, 14 de mayo de 2015.

Soba, mientras que Martha envió una nota al embajador uruguayo en Argentina en el año 1977. Otras como Ruth Magri, denunciaron las irregulares condiciones de detención, en este caso, de su esposo Raúl Cariboni. Especial trascendencia tuvo la Tota Quinteros en la denuncia de la desaparición de su hija Elena Quinteros.⁴⁶

Conclusiones

En las décadas de 1960 y 1970, muchas mujeres se integraron a la vía de la violencia política como no había sucedido en otras experiencias anarquistas de lucha armada en Uruguay. Este texto es una síntesis de un abordaje sobre sus vivencias con base en, principalmente, el análisis de entrevistas y la contrastación con otros testimonios, documentación interna y bibliografía.

Las mujeres, muchas de ellas jóvenes y estudiantes, se incorporaron en acciones ofensivas y en particular en espacios de logística (en especial en el sector de personas que recogían información para efectuar operativos), aseguramiento, retaguardia, «cobertura». En muchos casos, sumaron otra actividad a las que ya realizaban, manteniendo el rol tradicional de cuidado de hijas e hijos y de protección de la familia. Fueron funcionales a la lucha armada, su participación fue imprescindible y en muchas ocasiones desde lugares típicamente femeninos.

En las entrevistas se observó que la integración al aparato armado, es presentado como el más claro y palpable ejemplo de la igualdad entre varones y mujeres. Dicha sentencia discursiva inapelable de igualdad obstruyó la posibilidad de concientización de las desigualdades y asimetrías, y, por ende, de construcciones alternativas. No obstante, significó para las mujeres romper con los ideales imperantes en la sociedad que las restringían a los ámbitos del hogar. Al mismo tiempo, el hecho de emular a los varones en el combate significó una doble ruptura, por incorporarse a un espacio tradicionalmente ocupado por el sexo masculino.

El papel cumplido por las llamadas «mujeres de» o «esposas de» connotados militantes varones fue sustancial. Sin integrar las organizaciones, e incluso teniendo reparos con ciertas acciones llevadas adelante por *sus* varones, desplegaron una multiplicidad de tareas que posibilitaron la acción tanto de ellos como del conjunto militante. Sin embargo, son consideradas y se autoperciben como «acompañantes». Desde el «frente doméstico» ellas hicieron posible la «entrega», el «sacrificio» militante de los varones y sostuvieron al conjunto de la militancia a través de tareas cotidianas de cuidados, maternalizando los vínculos. En el marco de la actividad política clandestina y de lucha armada, aprendieron y desplegaron un conjunto de tácticas que internalizaron y que pusieron en juego para proteger y sostener a *sus* varones, a sí mismas y a su familia. En todo momento fueron contención física, emocional y moral de novios, esposos, ¿amantes?, hermanos, así como del resto del entorno familiar. La experiencia vivida por ellas ressignifica o muestra otras aristas de la militancia a las cuales es necesario atender para recomponer y comprender aún más a las izquierdas políticas y a la situación de las mujeres y las relaciones de género en la época.

46 María Almeida de Quinteros (1918-2001) fue una maestra rural que se involucró en la militancia a través de su hija. En su casa se hacían reuniones y servía de refugio y cobijo a militantes en lucha. A partir de la desaparición de su hija comenzó una incansable peregrinación ante organismos oficiales y privados convirtiéndose en una de las figuras representativas de la actividad militante de denuncia de las detenciones y desapariciones.

Referencias

- ALDRIGHI, C. (2001). *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Trilce.
- ALDRIGHI, C. (2009). *Memorias de insurgencia. Historias de vida y militancia en el MLN-Tupamaros 1965-1975*. Ediciones de la Banda Oriental.
- ANDRÉS, A. (2009). *Estafar un banco... ¡Qué placer! Y otras historias*. Alter Ediciones.
- ANDÚJAR, A., D'ANTONIO, D., DOMÍNGUEZ, N., GRAMMÁTICO, K., GIL LOZANO, F., PITA, V. y VASSALLO, A. (Comps.). (2005). *Historia, género y política en los 70*. Feminaria Editora.
- ANDÚJAR, A., D'ANTONIO, D., GIL LOZANO, F., GRAMMÁTICO, K. y ROSA, M. L. (Comps.). (2009). *De minifaldas, militancias y revoluciones: exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Ediciones Luxemburg.
- ARÁUJO, A. M. (1980). *Tupamaras: Des Femmes de l'Uruguay*. París: Des Femmes.
- AROCENA, F. (1987). *Violencia política en el Uruguay de los 60. El caso de los tupamaros* [Tesis de posgrado]. Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay.
- BARRANCOS, D. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Sudamericana.
- BUCHELI, G., CURTO, V. SANGUINETTI, V., DEMASI, C. y YAFFÉ, J. (2000). *Vivos los llevaron... Historia de la lucha de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos (1976-2005)*. Trilce.
- CORES, H. (2002). *Memorias de la resistencia*. Ediciones de la Banda Oriental.
- DIANA, M. (2006). *Mujeres guerrilleras: sus testimonios en la militancia de los setenta*. Edición del autor.
- FERNÁNDEZ, G. (1994). *Historia de bandidos. Del Cambio Messina a la carbonería El Buen Trato*. Fundación de Cultura Universitaria.
- FERNÁNDEZ HUIDOBRO, E. (1994). *Historia de los tupamaros. Tomo I*. Tupac Amaru Ediciones.
- JUNG, M. E. y RODRÍGUEZ, U. (2006). *Juan Carlos Mechoso, anarquista*. Trilce.
- LABROUSSE, A. (2009). *Una historia de los tupamaros. De Sendic a Mujica. Fin de Siglo*.
- LAGARDE, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- LARROBLA, F. (2013, 2-5 de octubre). *El exilio combatiente: la fundación del Partido por la Victoria del Pueblo (Uruguay) en la Argentina*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- MARTÍNEZ, A. (2018). Dispositivo carcelario y resistencia de las mujeres en el relato de Circe Maia en *Un viaje a Salto. Encuentros Uruguayos*, XI(2), 38-57.
- MARTÍNEZ, P. (2009). *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP*. Imago Mundi.
- MECHOSO, J. C. (2002). *Acción directa anarquista. Una historia de FAU*. Recortes.
- MONTEALEGRE, N. (2016). La visita carcelaria: género, *pichis* y ritos de paso en el Uruguay. En N. Montealegre (Coord.), G. Sapriza y A. M. Folle (Comps.), *El tiempo quieto. Mujeres privadas de libertad en Uruguay (177-193)*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- MONTEALEGRE, N. y PEIRANO, A. (2013). El dispositivo de la prisión política: resonancias y reproducción del terrorismo de Estado en Uruguay. *Contemporánea*, 4(4), 41-60.
- OBERTI, A. (2013). Las mujeres en la política revolucionaria. El caso del PRT-ERP en la Argentina de los años 70. *Revista Internacional Interdisciplinaria INTERthesis*, 10(1), 6-36.
- OBERTI, A. (2014). Testimonio, responsabilidad y herencia. Militancia política y afectividad en la Argentina de los años setenta. *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, (2), 63-88.
- OBERTI, A. (2015). *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Edhasa.
- REY TRISTÁN, E. (2005). *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*. Universidad de Sevilla.
- TRÍAS, I. (2008). *Hugo Cores: pasión y rebeldía en la izquierda uruguaya*. Trilce.
- TRÍAS, I. y RODRÍGUEZ, U. (2012). *Gerardo Gatti: revolucionario*. Trilce.
- VÉSCOVI, R. (2003). *Ecós revolucionarios. Luchadores sociales, Uruguay, 1968-1973*. Barcelona: Nóos.
- VIDAURRÁZAGA ARÁNGUIZ, T. (2015). Subjetividades sexo genéricas en mujeres militantes de organizaciones político-militares de izquierda en el Cono Sur. *La ventana*, 5(41), 7-34.
- VIDAURRÁZAGA ARÁNGUIZ, T. (2019). ¿Somos iguales detrás de una 45? La participación femenina en el MLN-T uruguayo. *Athena Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 19(3), 1-24.